

Inhibición, síntoma y angustia

SYLVIA DE CASTRO KORGÍ*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, Colombia

Freud, Sigmund. Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980, vol. xx. Páginas 73-164.

La importancia que ha adquirido en épocas más recientes el texto de Freud, “Inhibición, síntoma y angustia”, puede tener su punto de partida en el tratamiento que Lacan le otorga a la altura de su *Seminario 22 “R.S.I.”* cuando, operando para entonces con la herramienta topológica y, en particular, con los nudos, realiza un movimiento de entrecruzamiento entre sus registros —real, simbólico e imaginario— y los términos del “trío freudiano”: ISA.

Al enfrentar la tarea de reseñar este texto freudiano de 1926, no puedo desentenderme de lo que Lacan anunciaba al término de “R.S.I.”, en el sentido de que, de seguir su enseñanza al año siguiente, titularía su seminario “Cuatro, cinco, seis”, haciendo, con esto, alusión a la inhibición, al síntoma y a la angustia, cada uno como cuarto elemento para enlazar los tres registros en el nudo borromeo que, en adelante, sería de cuatro redondeles, y ya no de tres. Esta construcción del nudo no es una modificación banal, si pensamos que cada uno de los términos freudianos interviene en el anudamiento de los tres registros en función de... *sinthome*. En efecto, el seminario siguiente, si bien no se tituló de la manera anunciada, se conoció como *Sinthome*.

Pero “Inhibición, síntoma y angustia” había sido previamente objeto de varias referencias por parte de Lacan, muchas de las cuales tenían como telón de fondo, explícito o implícito, la dificultad de este texto freudiano, que generó tantos malentendidos en la comunidad psicoanalítica. De hecho, después de “El yo y el ello”, ya inaugurada la segunda tópica, cierta lectura del texto que nos ocupa se constituyó en el pilar de una comprensión de la dinámica psíquica sostenida en la sobrevaloración del yo, al que se le supone la capacidad para dominar el conflicto entre el ello y el superyó. En la perspectiva de la *ego psychology*, el yo, representante del principio de realidad, combate tanto las exigencias de la pulsión como a su sustituto, el síntoma que, entonces, debe corregirse, tanto más cuanto que en su formación han participado mecanismos defensivos *inadaptativos* que favorecen su fijación.

En el campo del psicoanálisis inaugurado por Lacan se impuso entonces una cuidadosa revisión del texto de Freud la cual, según puede concluirse de un rápido sobrevuelo, se centró en los asuntos relativos al yo y su función de desconocimiento, primero, y luego en los problemas suscitados por la angustia. El trabajo sobre el síntoma, que para el momento en que se lleva a cabo constituye una aproximación inédita relativa a la función que se le otorga, habrá de esperar hasta el seminario sobre el *sinthome*.

* e-mail: sylviadecastro@gmail.com

Sin duda, “Inhibición, síntoma y angustia” recoge, revisa y ordena en su conjunto la teorización freudiana del psiquismo propia de la segunda tópica, adoptando, para ello, lo que podríamos llamar la palanca del complejo de castración, al que se le otorga el valor de núcleo de las neurosis y se le adjudica la función de motor de la defensa, siendo el motivo la angustia de castración. Si bien este no es el único eje en torno al cual el texto freudiano considera los asuntos del síntoma, sí es el más fecundo, según veremos.

Ciertamente, Freud ofrece en este texto una suerte de síntesis de los efectos que tiene, sobre el síntoma, la operatividad de los conceptos introducidos por la segunda tópica. Por eso, “Inhibición, síntoma y angustia” es un tratado sobre los destinos de las “cantidades de excitación”, entre los cuales el síntoma ocupa un lugar privilegiado.

De entrada, el síntoma es presentado en su versión de indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada por la operación de la represión que el yo pone en marcha obedeciendo en esto a un encargo del superyó. Es por la intervención del superyó que podemos reconocer en el sustituto sintomático el carácter de una satisfacción, ya no solo disfrazada, lo cual no se apartaría mucho de la desfiguración exigida por la censura en toda formación del inconsciente, sino irreconocible como satisfacción. Si el síntoma es sustituto, claramente lo es de una satisfacción pulsional reprimida que, en caso de realizarse, no solo no aporta placer sino que adopta el carácter de una compulsión. Así las cosas, Freud puede sostener que la satisfacción se ha “degradado” a síntoma en virtud de la represión.

Freud se dispone a detallar el proceso represivo. Le parece que la situación inicial de la represión supone la oposición del yo a una moción particular del ello. Pero la represión fracasa, lo que muestra una debilidad del yo y, así, el resultado del proceso iniciado por la represión culmina en una formación que mantiene su existencia por fuera de la organización yoica: el síntoma adopta, entonces, la condición de extraterritorialidad. Ese “cuerpo extraño” se resiste a su

ligazón, pero de la aspiración del yo a la síntesis acusa recibo, no obstante, la formación de síntoma. Así explica Freud ahora el síntoma como formación de compromiso, ya no, de nuevo, al estilo de la formación del inconsciente: el síntoma histérico, por ejemplo, revela ser un compromiso entre necesidad de satisfacción del ello y necesidad de castigo del superyó. Freud sostiene, en consecuencia, que el síntoma puede asimilarse a una estación fronteriza con investidura mezclada.

La estación fronteriza encuentra su expresión más nítida, quizás, en el síntoma obsesivo. Freud asegura que constituye un triunfo de la formación de síntoma el hecho de que la modalidad obsesiva del síntoma negativo —una prohibición— se enlace con la otra modalidad, positiva —la satisfacción sustitutiva—, de tal forma que la prohibición cobre el significado de una satisfacción teñida de placer masoquista. Sin lugar a dudas, la obsesión es el territorio en el que la versión del síntoma como satisfacción en el displacer se hace más explícita y, a propósito de la obsesión, precisamente, Freud no duda en destacar los efectos de la considerable participación del superyó en la lucha contra lo pulsional. Heredero del complejo de Edipo, el superyó es, en buena medida, responsable de la destrucción de sus componentes libidinales, a lo que se agrega la degradación regresiva de la libido... Quizás no sería legítimo destacar este dato entre todos los que soporta la complejidad de la obsesión, si no fuera porque al momento de considerar cuál de estos dos factores —la virulencia del superyó o la regresión libidinal— es determinante, Freud vacila para concluir, finalmente, que uno supone al otro, y que la regresión hay que juzgarla en atención a la desmezcla pulsional..., vale decir, en relación con el triunfo de la pulsión de muerte.

Atendamos ahora a la otra cara de la relación entre el síntoma y el yo, porque así como el síntoma se opone a su integración por el yo, desnudando su fallida pretensión de síntesis, también ocurre que se “enquiste”, en virtud de lo cual entorpece las funciones yoicas, lo que se expresa en inhibiciones. Es el caso de una disminución de la capacidad

de rendimiento, por ejemplo, que, a tono con los imperativos entre los cuales se debate el yo, encuentra el modo de apaciguar una demanda del superyó o de rechazar una exigencia del mundo exterior.

Ahora bien, por mucho que el yo esté dispuesto a acogerlo, el síntoma es un sustituto y un retoño de la moción pulsional reprimida que no cesa en su exigencia de satisfacción. Esta insistencia perturbadora obliga al yo a dar la señal de displacer, a pasar a la defensiva, y es esto lo que plantea la articulación entre el síntoma y la angustia, cuya mejor ilustración se encuentra en la fobia.

La particularidad del síntoma fóbico es que se resuelve en angustia: angustia ante el caballo, si nos atenemos a Juanito, del que él teme que lo muerda. El punto de partida es la hostilidad contra el padre pero, como Freud señala, no hay un camino directo entre esta moción asesina y su sustituto sintomático; dicho de otro modo, la angustia de Juanito es una reacción ante una situación de peligro que la amerita, pues de hecho el padre respondería con agresión a la agresión. Así, lo que hace de la angustia síntoma, y no solo reacción ajustada a fines, es la sustitución del objeto. En Juanito la angustia se dirige, vía desplazamiento, hacia un sustituto del padre en cuanto objeto “originario” de la pulsión hostil, “inconciliable” y por lo tanto reprimida, del complejo de Edipo. En esa sustitución por desplazamiento consiste la cuota de desfiguración que se exige del síntoma para que merezca el nombre de síntoma.

Como puede notarse, el síntoma de Juanito se consume en torno a la moción agresiva contra el padre, no en relación con la moción tierna hacia la madre. Esta conclusión es una medida de la transformación inducida por el nuevo dualismo pulsional que enfrenta Eros y pulsión de muerte, y también una prueba de la dificultad que encuentra Freud para situar el sadismo entre una teoría pulsional y otra: ¿aspiración sexual o manifestación de la pulsión destructiva? Freud cuenta ya con una salida: al fin de cuentas nunca las mociones pulsionales son puras; lo que constituye la regla es

la coalición de ambas pulsiones en diversas proporciones de mezcla; de ahí que la investidura sádica pueda ser igualmente tratada como libidinosa y, por lo mismo, situada como objeto de la represión.

El análisis al que Freud somete la formación de síntoma en Juanito en este texto revela que, además de la represión, han participado ciertos mecanismos coadyuvantes. En realidad, “Inhibición, síntoma y angustia” es también la ocasión de una valorización de la defensa no toda reducida a la represión, defensa contra la satisfacción pulsional. En últimas, lo que Freud promueve es la defensa como concepto abarcador, lo que no le impide presentar un tratamiento riguroso de la represión y declarar la existencia de dos modalidades de la represión, según se trate de la histeria (amnesia) o de la neurosis obsesiva (aislamiento).

Retomando a Juanito, la vuelta contra sí mismo explica que en lugar de la agresión al padre se tema la agresión del padre; la regresión libidinal a la fase oral se detecta en la sustitución de la moción “ser amado por el padre”, propia de la fase fálica, por la otra, “ser mordido por el caballo”; la agresión sádica hacia el padre y la actitud pasiva tierna frente a él indican la inversión de actividad en pasividad propia de los pares de opuestos pulsionales...

En fin, el inventario de las defensas está hecho. También el inventario de las pulsiones. Detenernos en lo primero sería privilegiar las modalidades de defensa en desmedro de... la formación de síntoma. Esa es la vía de la *ego psychology*, que propone el trabajo analítico sobre las actividades defensivas inconscientes del yo como objeto del análisis, a *igual título* que las pulsiones del ello—. Otra cosa, entonces, puede destacarse de ese escenario variopinto de los destinos que sufre una moción pulsional por efecto de la defensa. Nada menos que la función que Freud otorga al complejo de castración como motor de la represión. Es esto, en todo caso, lo propiamente innovador de este texto, lo propiamente freudiano, a juzgar por las anticipaciones que Freud ha hecho del asunto en los textos de “su psicopatología”,

“Neurosis y psicosis” (1924 [1923]) y “La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis” (1924). Es, además, lo que nos interesa en relación con el síntoma.

Veamos cómo despliega Freud el asunto, de la mano de Juanito. Para empezar, concluye que Juanito resigna su hostilidad contra el padre por la angustia de castración, lo que implica que es la angustia la que crea la represión y no al revés. Se trata, en efecto, de la modificación sustancial de una tesis sobre la angustia sostenida por Freud desde la época de las neuropsicosis de defensa, según la cual la represión obra sobre el representante pulsional, desfigurándolo, desplazándolo, etc., mientras que el afecto-libido propio de la pulsión se transforma en angustia. Freud advierte acerca de la gravitación de las neurosis actuales sobre su primera teoría de la angustia, que ya no sostiene, aunque tampoco le parece del todo inexacta, fenomenológicamente hablando. Pero es aquí donde me voy detener.

Hemos arribado a la relación síntoma-angustia, a propósito de la cual Freud sostiene que no tendríamos que atar los dos fenómenos con firmeza, pues, en lo referido a la presencia de la angustia como acompañante del síntoma se sabe que, por ejemplo, los genuinos síntomas histéricos, los síntomas conversivos, cursan sin angustia. La relación tendrá que plantearse, más bien, entre la angustia y la represión, más precisamente, entre la angustia de castración y la represión.

No resaltaríamos suficientemente la importancia de esta formulación freudiana si no concluimos de ella que el motor de la defensa, puesto que es la castración, no es la oposición del yo a las exigencias libidinales! Freud no se aparta de su idea clásica, según la cual el síntoma es una transacción entre tendencias en conflicto: una formación de compromiso; pero cuando la castración entra en juego no hay ya, en el horizonte freudiano, expectativa alguna de que la moción reprimida, que el síntoma figura, pueda ser admitida por el sujeto y, paralelamente, integrada en una suerte de armonía con respecto a los mandatos culturales. De esto se deduce que el conflicto es estructural, sin

resolución; y, simultáneamente, que no hay cómo sostener la tendencia del yo a la síntesis y a la unidad. Igualmente, que el psicoanálisis no es, no puede ser, una cura orientada hacia el levantamiento del síntoma: el síntoma es coextensivo de la división del sujeto.

Cuando Freud analiza la fobia desde el punto de vista de su vínculo con la angustia y no confundiéndolas, aparece en escena la distinción entre angustia y señal de angustia. Efectivamente, dice, el yo discierne el peligro de castración y, en consecuencia, procede a dar la señal de angustia, con lo cual inhibe el proceso de investidura pulsional del ello; al mismo tiempo se formaliza la fobia, mejor dicho, el síntoma. El camino de la formación de síntoma sustituye el objeto de angustia y expresa de manera desfigurada la moción hostil que la castración promete como castigo —en Juanito, el caballo sustituye al padre, y ser mordido por el caballo figura el temor de ser castrado por el padre—. Pero el camino de la formación de síntoma no puede hacernos perder de vista la función que Freud le adjudica al síntoma: este es creado para evitar la situación de peligro indicada por la señal de angustia. Así las cosas, el síntoma fóbico, en particular, se propone como un tratamiento de la angustia.

De hecho, cuando Freud se detiene a considerar la función de la angustia sostiene que esta apareció como reacción ante una situación de peligro originaria y que, en adelante, cuando una situación semejante acecha, la misma reacción volverá a presentarse. Es lo que comprueba en el ataque histérico, que no es otra cosa que el símbolo mnémico del traumatismo... Pero la fobia mantiene a raya la angustia, si bien a costa de medidas protectoras, prohibiciones e inhibiciones. ¿Acaso esto objeta la función del síntoma como tratamiento de la angustia?

Freud se muestra prudente ante la posibilidad de generalizar lo que compete al síntoma fóbico en su función de ligar la energía psíquica que se ha descargado como angustia. Pero hay que señalar la razón de esta prudencia. Sostiene que una tesis que explicara la finalidad de la formación de síntoma

exclusivamente orientada a escapar de la angustia haría de la angustia el fenómeno fundamental y el asunto principal de la neurosis. Y Freud considera que las cosas no son así.

Pero no pensemos demasiado rápido: el asunto fundamental del que se trata en la neurosis tampoco es el síntoma. Los síntomas se crean para sustraer al yo de la situación de peligro, según dice Freud, y esto, a tal punto, que si se obstaculiza la formación de síntoma, el peligro se presenta efectivamente; es decir, que se repite la situación análoga originaria, aquella en la que tuvo lugar el estallido de angustia, sea cual sea la situación — referencia a la polémica con respecto al ‘trauma del nacimiento’—, en la que el yo se hallaba desvalido frente al empuje de la pulsión, que es, por excelencia, la condición de angustia.

Ciertamente, el desarrollo de angustia, a modo de señal, induce la formación de síntoma al convocar la represión, con lo cual se ataja el proceso amenazador procedente del ello. Es decir que el síntoma cancela la situación de peligro! De un lado, produce una modificación en el ello; de otro, muestra lo que ha logrado crear a cambio: un sustituto de la satisfacción impedida. Así, pues, esta formación sustitutiva que es el síntoma, más allá de la angustia y de la fobia, cumple realmente una función de... tratamiento de la amenaza pulsional.

Sin embargo, el asunto no se detiene ahí, porque la amenaza de desborde pulsional del ello con respecto a la cual el síntoma protege, no se halla tan alejada, como a primera vista puede parecer, de la amenaza de castración, que procede de “afuera”. La amenaza de castración viene

del padre, en efecto, según Freud. Pero el hecho es que la amenaza de castración encuentra su razón de ser en las mociones pulsionales transgresoras del hijo, y es esto lo que la constituye en condición de peligro, y peligrosa ella misma, como dice Freud. El peligro, pues, no radica en la exigencia pulsional misma sino en la castración.

Así las cosas, las mociones pulsionales por reprimir convergen hacia su núcleo edípico y conciernen a la castración... Pero a la castración más allá de la amenaza imaginaria: en todo caso, al complejo de castración en cuanto limitación estructural de la satisfacción pulsional. Este sí es el asunto fundamental de lo que se juega en la neurosis. El síntoma se constituye, entonces, en relación con el Edipo y la castración y por eso mismo participan en él, necesariamente, los distintos componentes, sexual y agresivo, activo y pasivo, que conforman la trama edípica. En total acuerdo con la naturaleza transgresora del deseo edípico, el síntoma es, ya en Freud, mezcla de libido y pulsión de muerte.

Sin embargo, no creo que esto último constituya la importancia de este texto. Por supuesto, Freud constata que no hay síntoma en el que la satisfacción pulsional sustitutiva esté libre de goce, para decirlo con Lacan. Pero pienso que el aporte fundamental consiste en una distinción iluminadora con respecto a lo que está en juego en el síntoma: una distinción entre la satisfacción sustitutiva que el síntoma aporta, con todo y su rostro de placer en el displacer, y el síntoma como formación sustitutiva en su función de limitar el displacer que acarrearía la satisfacción pulsional —digamos, entonces, como tratamiento de goce—.